
Desde mi otra Europa *

Es para mí un gran honor y a la vez un halago el privilegio de poder tomar la palabra desde la cátedra de Charles Eliot Norton. No obstante, como es una cátedra de poesía, emprendo la tarea de pronunciar mis conferencias con cierta inquietud. En nuestro siglo se han escrito sobre poesía una cantidad enorme de libros especializados en la materia que cuentan —por lo menos en los países occidentales— con más lectores que la poesía misma, lo cual no es un indicio alentador pero se explica tanto por la inteligencia de sus autores como por el ansia con la que éstos asumen las nuevas disciplinas científicas, que hoy día gozan de un prestigio común. El poeta, deseoso de competir con semejante carga de erudición, estaría obligado a fingir que posee más autoconciencia de la que le es permitido tener. A decir verdad, toda mi vida he estado bajo el poder del demonio, y cómo nacían los poemas dictados por él, sinceramente, no lo comprendo. Por esta razón, siendo desde hace muchos años profesor de las literaturas eslavas en Berkeley, me había limitado a la historia de la literatura, tratando de no invadir el terreno de la poética. Sin embargo, hay algo que me consuela y que creo puede justificar mi presencia en la cátedra de poesía de Harvard. Pienso aquí en el rincón de Europa que me formó y al que sigo siendo fiel sólo escribiendo en el idioma de mi infancia.

El siglo XX, tal vez más proteico y multiforme que cualquier otro, cambia según el punto de vista, y también según la perspectiva geográfica que tomemos. Mi rincón de Europa, debido a los acontecimientos inusitados y terroríficos que allí ocurrieron, y sólo comparables, como metáfora, a violentos cataclismos, permite una óptica particular, que hace explicable que los que allá nacieron consideren a la poesía de nuestro siglo de manera diferente a la mayoría de mi auditorio, buscando en ella a un testigo y a un participante de la profunda metamorfosis por la que está atravesando la humanidad.

Tanto el hombre individual como las comunidades humanas descubren siempre nuevas dimensiones, únicamente transmitidas a través de una experiencia inmediata. Lo mismo ocurre con la dimensión histórica, que llegamos a conocer sin nuestra voluntad e incluso a pesar de ella, sin recurrir a la lectura de los libros sino justamente mediante su reinterpretación cambiada, nueva, conforme a una experiencia vivida. Entiendo por experiencia no solamente el hecho de una vivencia inmediata de la opresión de la Historia, manifestándose en el Apocalipsis del fuego enemigo desde el cielo, la invasión de ejércitos ajenos, el derrumbe de las ciudades, etc... La historicidad también puede revelarse en un detalle arquitectónico, en la forma del paisaje, en los

* Capítulo del libro *Testimonio de la poesía*, inédito en castellano. Fue publicado en la revista polaca *Tygodnik Powszechny*, núm. 16, Cracovia, abril 1983.

árboles —como aquellos crecidos en el lugar donde nací—, los viejos robles que aún se acuerdan de mis antecesores paganos. No obstante, solamente la conciencia del peligro al que está expuesto lo que amamos nos permite ahondar de verdad en lo profundo del tiempo y percibir en cada cosa vista y palpada por nosotros el latido de las generaciones anteriores.

Nací y me formé justo en la frontera de Roma y Bizancio. ¿Es posible —oigo vuestra pregunta— recordar imperios tan lejanos y hoy más bien simbólicos? Sin embargo, aquella frontera permaneció, durante siglos, estableciendo una línea divisoria, aunque no siempre marcada en el mapa, entre el dominio del catolicismo romano y el de la Iglesia Ortodoxa. En el transcurso de los siglos Europa mantenía esa antigua división, sometiéndose al rigor del eje Norte-Sur. En la parte donde nací llegaba todo desde Roma: el latín como idioma de la iglesia y de la literatura, las disputas teológicas del medievo, la poesía latina como modelo a seguir por los poetas renacentistas, las blancas iglesias construidas según el estilo barroco. Al Sur, hacia Italia, se dirigían los sueños de los admiradores del arte y de la ciencia. No son observaciones abstractas en este momento en que aquí intento decir algo sensato sobre la poesía. Y si uno de los temas que me propongo abordar es el extraño destino de la imaginación religiosa de nuestro siglo al igual que el de la poesía, desde que ésta asumió el carácter sucedáneo de la religión, es porque en mi escuela, y durante no pocos años, aprendía la historia de la Iglesia Católica y de sus dogmas en los mamotretos hoy ya olvidados, e incluso dudo si en los seminarios eclesiásticos se siga recurriendo a manuales igualmente minuciosos como lo fueron aquellos viejos libros. También el tema al cual voy a referirme en mi conferencia, el tema del clasicismo —y debo confesar aquí mi actitud contradictoria hacia él: de la fascinación y a la vez del rechazo—, queda vinculado con Horacio, Virgilio y Ovidio, leídos y traducidos en la escuela. A lo largo de mi vida el latín iba desapareciendo de la liturgia católica y de los programas escolares como resultado natural de un paulatino debilitamiento de la importancia del eje Norte-Sur. Pero sería injusto olvidar a Roma y Bizancio en las sombras del pasado remoto, cuando su patrimonio continúa sorprendiéndonos cada vez con formas nuevas, difíciles a veces de nombrar.

La lengua de los poetas polacos del siglo XVI, al igual que la de las biblias de aquel tiempo, tanto católicas como protestantes, resulta más cercana al polaco moderno que el lenguaje de *Fairie Queen* confrontado con el inglés de hoy; la afinidad se percibe en el tono, en una cierta sensibilidad. Esto quiere decir que el poeta polaco establece una relación más directa con sus maestros del quehacer poético y en consecuencia más familiarizado con el siglo XVI. Pero el más destacado de aquellos poetas, Jan Kochanowski, unos cuantos decenios mayor que Edmund Spenser, fue bilingüe... Dejó escritos muchos poemas en latín y entre su poesía en polaco la mayor parte son las adaptaciones de Horacio. Por eso vuelve a menudo, por lo menos a mi mente, esta pregunta profesional: ¿qué debe hacer con el clasicismo el poeta contemporáneo?

Si al emplear el término eje Norte-Sur puedo contar, como creo, con la comprensión de mis oyentes, sospecho en cambio que el otro término, el del eje Este-Oeste, les puede resultar acaso exótico, aunque no lo será para los lectores de *La guerra y la paz*, cuyos protagonistas, los rusos cultos, hablan entre ellos en francés. En

el siglo XVIII el francés llegó a ser, después del latín, el segundo idioma universal de Europa, abarcando en su extensión también a Rusia. En las capitales provincianas del Este y del Centro de Europa nace el mito de París, capital del mundo. Tal vez, y si la atención de los fervientes católicos siga fija en Roma, sede papal, ya los cultos mundanos, respondiendo al apremio de la moda, desean conocer las últimas novedades de los salones intelectuales de París. Francia empieza a exportar sucesivamente su revolución, sus filósofos, las guerras napoleónicas, su novela y por fin, el cambio revolucionario en la poesía y en la pintura: simbolismo, cubismo, fauvismo, surrealismo. Este período parece haber ya concluido o por lo menos estar en declive, del mismo modo que el latín desapareció de la liturgia y de los programas escolares, actualmente también resulta cada vez más pequeño el número de jóvenes europeos que consideran justo, aunque sólo sea por una actitud esnobista, aprender francés. No obstante, la poesía contemporánea de muchos países europeos es comprensible sólo si acordamos el sincretismo de sus dos materias primas: una fue local y la otra, importada desde París.

El mapa literario de Europa, tal como aún hace poco se presentaba ante Occidente, comprendía muchos espacios en blanco. Aparecían en él Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, pero la Península Ibérica fue apenas un leve contorno, Holanda, Bélgica y los países escandinavos eran algo indefinido.

En los tiempos de mi juventud, el iniciado en la tarea poética, procedente de los terrenos marcados en el mapa como espacios en blanco, debía pasar por una temporada de aprendizaje, breve o más larga, en París. Este ha sido también mi caso, lo cual está vinculado con mis connotaciones familiares ya que un pariente mío, aunque lejano, Oscar Milosz, educado desde su niñez en Francia, fue un poeta francés. Por primera vez llegué a París cuando era muy joven, pero tantas veces como regresé siempre me asombraba el contraste entre los cambios radicales que ocurrían en mí y en los países al Este de Alemania y el perfecto equilibrio y sentido de la continuidad en la vida de la *Ville Lumière*. Medio siglo después escribí sobre este sentimiento un poema que con más claridad que esta prosa que estoy leyendo puede explicar lo que acabo de decir.

Rue Descartes

*Bajando por la calle Descartes
Pasaba hacia el Sena, el joven bárbaro en el viaje
Intimidado por la llegada a la capital del mundo.*

*Fuimos numerosos, de Iassí, de Koloschbar,
de Vilna y Bucarest, de Saigón y Marraquesch,*

*con nuestra avergonzada memoria de las costumbres familiares
De los que aquí no era justo hablar con nadie:
El batir las manos para llamar a la servidumbre,*